

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año LII, número 31 (2.678)

Ciudad del Vaticano

31 de julio de 2020



Solo
la
solidaridad
podrá
acabar
con el
virus

El Papa habla del alto el fuego en Dombás auspiciando un desarme efectivo

Gestos de ternura hacia los abuelos

En el día en el que la Iglesia recuerda a los santos Joaquín y Ana, «los “abuelos” de Jesús», al finalizar el Ángelus del 26 de julio el Papa Francisco invitó a los jóvenes a gestos de atención y cuidado hacia los ancianos, «sobre todo a los más solos». Asomándose a mediodía desde la ventana del estudio privado en el Palacio apostólico vaticano, antes de rezar la oración mariana con los fieles presentes en la plaza San Pedro —en el respeto de las medidas de seguridad adoptadas para evitar la difusión del contagio de covid-19— y con cuantos lo seguían a través de los medios, el Pontífice profundizó en el Evangelio dominical dedicado a las parábolas del Reino de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (cfr. Mt 13, 44-52) corresponde a los últimos versículos del capítulo que Mateo dedica a las parábolas del Reino de los cielos. El pasaje tiene tres parábolas apenas esbozadas y muy breves: la del tesoro escondido, la de la perla preciosa y la de la red lanzada al mar. Me detengo en las dos primeras en las cuales el Reino de los cielos es comparado con dos realidades diferentes «preciosas», es decir el tesoro escondido en el campo y la perla de gran valor. La reacción del que encuentra la perla o el tesoro es prácticamente igual: el hombre y el mercader venden todo para comprar lo que más les importa. Con estas dos similitudes, Jesús se propone involucrarnos en la construcción del Reino de los cielos, presentando una característica esencial de la vida cristiana: se adhieren completamente al Reino aquellos que están dispuestos a jugarse todo, que son valientes. De hecho, tanto el hombre como el mercader de las dos parábolas venden todo lo que tienen, abandonando así sus seguridades materiales. De esto se entiende que la construcción del Reino exige no solo la gracia de Dios, sino también la disponibilidad activa del hombre. ¡Todo lo hace la gracia, todo! De nuestra parte solamente la disponibilidad a recibirla, no la resistencia a la gracia: la gracia hace todo pero es necesaria “mi” responsabilidad, “mi” disponibilidad.

Los gestos de ese hombre y del mercader que van en busca, privándose de los propios bienes, para comprar realidades más preciosas, son gestos decisivos, son gestos radicales, diría solamente de ida, no de ida y vuelta: son gestos de ida. Y, además, realizados con alegría porque ambos han encontrado el tesoro. Somos llamados a asumir la actitud de estos dos personajes evangélicos, convirtiéndonos también nosotros en buscadores sanamente inquietos del Reino de los cielos. Se trata de abandonar la carga pesada de nuestras seguridades mundanas que nos impiden la búsqueda y la construcción del Reino: el anhelo de poseer, la sed de ganancia y poder, el pensar solo en nosotros mismos.

En nuestros días, todos lo sabemos, la vida de algunos puede resultar mediocre y apagada porque probablemente no han ido a la búsqueda de un verdadero tesoro: se han conformado con cosas atractivas pero efímeras, de destellos brillantes pero ilusorios porque después dejan en la oscuridad. Sin embargo la luz del Reino no son fuegos artificiales, es luz: los fuegos artificiales duran solamente un instante, la luz del Reino nos acompaña toda la vida.

El Reino de los cielos es lo contrario de las co-

sas superfluas que ofrece el mundo, es lo contrario de una vida banal: es un tesoro que renueva la vida todos los días y la expande hacia horizontes más amplios. De hecho, quien ha encontrado este tesoro tiene un corazón creativo y buscador, que no repite sino que inventa, trazando y recorriendo caminos nuevos, que nos llevan a amar a Dios, a amar a los otros, a amarnos verdaderamente a nosotros mismos. El signo de aquellos que caminan en este camino del Reino es la creatividad, siempre buscando más. Y la creatividad es la que toma la vida y da la vida, y da, y da, y da... Siempre busca muchas maneras diferentes de dar la vida.



Jesús, Él que es el tesoro escondido y la perla de gran valor, no puede hacer otra cosa que suscitar la alegría, toda la alegría del mundo: la alegría de descubrir un sentido para la propia vida, la alegría de sentir la comprometida en la aventura de la santidad.

La Virgen Santa nos ayude a buscar cada día el tesoro del Reino de los cielos, para que en nuestras palabras y en nuestros gestos se manifieste el amor que Dios nos ha donado mediante Jesús.

Al finalizar el Ángelus, el Papa expresó satisfacción por la reciente decisión de un alto el fuego en el área de Dombás y, rezando por la paz en esa región atormentada, auspició que lo acordadollave a «un proceso efectivo de desarme».

Queridos hermanos y hermanas:

En la memoria de santos Joaquín y Ana, los “abuelos” de Jesús, quisiera invitar a los jóvenes a realizar un gesto de ternura hacia los ancianos, sobre todo a los que están más solos, en las casas y en las residencias, los que desde hace muchos meses no ven a sus seres queridos. ¡Queridos jóvenes, cada uno de estos ancianos es nuestro abuelo! ¡No les dejéis solos! Usad la fantasía del amor, hacéd llamadas, videollamadas, enviad mensajes, escuchadles y, donde sea posible respetando las normas sanitarias, id a visitarlos. Envíadles un abrazo. Ellos son vuestras raíces. Un árbol separado de las raíces no crece, no da flores ni frutos. Por esto es importante la unión y la conexión con vuestras raíces. “Lo que el árbol tiene de florido, vive de lo que tiene sepultado”, dice un poeta de mi patria. Por esto os invito a dar un aplauso grande a nuestros abuelos, ¡todos!

He sabido que los miembros del Grupo de Contacto Trilateral han decidido recientemente en Minsk un nuevo alto el fuego respecto a la zona de Dombás. Mientras agradezco este signo de

buena voluntad destinado a restaurar la paz tan deseada en esa región atormentada, rezo para que lo que se acordó finalmente se ponga en práctica, también a través de un proceso efectivo de desarme y eliminación de las minas. Solo así se podrá reconstruir la confianza y sentar las bases para la reconciliación, tan necesaria y tan esperada por la población.

Os saludo de corazón a todos vosotros, romanos y peregrinos de diferentes países. Saludo en particular a los fieles de Franca (Brasil), está la bandera allí, a los jóvenes de la archidiócesis de Módena-Nonantola y los de la parroquia de Santos Fabiano y Venanzio de Roma. ¡Estos son ruidosos, se hacen oír!

Os deseo a todos un buen domingo. Por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum. Non precevaldunt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@direzione.system@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones.or@spc.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 224-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F. teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 5318 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Video del Papa Con la escucha es posible la reconciliación

«**E**scuchar para reconciliarse»: este deseo del Papa Francisco es el motivo conductor del nuevo video difundido en la red por la Sección migrantes y refugiados del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, en vista de la Jornada mundial dedicada a los migrantes, programada para el 27 de septiembre próximo sobre el tema «Como Jesucristo, obligados a huir». Se trata del tercer video —el primero fue «Conocer para comprender» y el segundo «Acercarse para servir»— de una campaña de comunicación que inició el pasado 15 de mayo con ocasión de la presentación anual del mensaje pontificio, centrado en este 2020 en la pastoral de los desplazados internos. Cada uno de los tres videos —realizados en colaboración con *Vatican Media*— profundiza en uno de los subtemas presentes en el documento del Papa, también con testimonios de los protagonistas, ilustrados con viñetas. Este último, en particular, está enriquecido con la historia de la experiencia de vida de una mujer que tuvo que huir, que explica cómo el trabajo de equipo y la aceptación recíproca puedan hacer esperar en un futuro más luminoso y en una coexistencia pacífica entre personas de diferentes religiones. Es iraquí y se llama Sarah Hassan. Perteneciente a la minoría yazidí, tuvo que abandonar rápidamente su pueblo cuando el llamado Estado Islámico invadió la Llanura de Nínive.

«Vivía en Dogorí, en la región de Sinjar, en la zona fronteriza; —explica— pero cuando huimos y llegamos al Kurdistán los musulmanes nos abrieron sus mezquitas y los cristianos hicieron lo mismo, nos abrieron las puertas de sus iglesias. Por lo que empezamos a estar menos asustados». Según Sarah la pertenencia religiosa no debe ser nunca un obstáculo: «La humanidad es más grande que todos nosotros», dice, añadiendo que no se pueden encontrar soluciones a los problemas recurriendo a la violencia, especialmente cuando están los niños en medio, independientemente de que sean musulmanes, yazidíes, kakai —otro minoría poco conocida pero presente desde hace tiempo en el territorio— o cristianos: porque les tocará a ellos construir «un mundo mejor».

El video se concluye con el icono de la fuga en Egipto de la Sagrada Familia de Nazaret para recordar cómo en el centro de la reflexión del Papa Francisco y de la Iglesia este año esté precisamente «Jesús niño, desplazado y refugiado junto a sus padres».



Monseñor Luigi Mistò subraya la lógica solidaria

La persona en el centro de un servicio

En la base de la actividad del Fondo de asistencia sanitaria para los trabajadores de la Santa Sede

ALESSANDRO DE CAROLIS

Se ha publicado la noticia del nombramiento por parte del Papa Francisco del nuevo director del Fondo de asistencia sanitaria (FAS) para los trabajadores de la Santa Sede, en la persona del profesor Giovanni Battista Doglietto, que ya desde hace tiempo trabajaba junto al saliente Stefano Loreti. El cambio de guardia representa una buena ocasión para recordar qué es el FAS, hablando de ellos con su presidente, monseñor Luigi Mistò.

En primer lugar, ¿qué es el FAS?

Es el ente que provee la asistencia sanitaria para el personal en servicio y los jubilados, de la Curia romano, de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano y de los entes gestionados administrativamente de forma directa por la Santa Sede, también de los que no tienen sede legal en el Estado de la Ciudad del Vaticano. El FAS financia las prestaciones sanitarias de forma directa e indirecta.

¿Cómo funciona el Fondo?

Quisiera, si es posible, encuadrar ante todo un principio fundamental. Me gusta utilizar una imagen recurrente del Papa Francisco para afirmar que la enfermedad es la "periferia existencial" donde todos, antes o después, directamente o a través de un ser querido, pasan. El FAS, por eso, aun con la debida atención a los perfiles de sostenibilidad económica, deberá absolutamente tener siempre en el centro la persona del enfermo haciéndole sentir todo el cuidado y la ternura que necesita. El Fondo responde a una solicitud solidaria entre todos los trabajadores de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano. Se trata de una solicitud que se funda sobre la doctrina social de la Iglesia, por la cual el principio regulador de la vida social es una relación de amor recíproco y ayuda. La Santa Sede y el Estado de la Ciudad del Vaticano son una comunidad de trabajo que en primer lugar debe dar testimonio en la aplicación práctica de esto.

¿Qué significa concretamente lo que acaba de decir?

Significa que todos están llamados a contribuir en proporción a las propias posibilidades y, por tanto, un porcentaje a la propia retribución para garantizar los recursos necesarios para hacer frente a enfermedad que puede golpear a cada uno de ellos o a los propios familiares. La devolución de los gastos médicos no está de hecho limitada a la contribución que cada uno ha dado, sino que está garantizado en cada caso. Significa que hay personas que no se enferman nunca y pagan igualmente. Otras, menos afortunadas, se enferman y los cuidados, en algunos casos, cuestan más, también mucho más, de lo que han dado. En tal caso se usan las contribuciones de quien, por fortuna, se enferma menos. Esta es la solidaridad. Después existen correcciones al sistema: para algunas prestaciones se pide a quien las usa que pague una parte para evitar desequilibrios excesivos.

Un sistema utilizado no solo por la Iglesia sino más bien difundido...

Sí, este sistema, precisamente de la doctrina social de la Iglesia, es adoptado por muchos Estados, como testimonio de la bondad del principio mismo. Tanto es verdad que la Santa Sede el 16 de junio del 2000 estipuló con la República italiana una «Convención de seguridad social» que interesa a sus trabajadores que en la mayor parte son ciudadanos italianos o que residen en Italia. Así el FAS es autoridad competente para proveer a la tutela y a la seguridad sanitaria de sus trabajadores, también en caso de enfermedad profesional o accidente de trabajo.

La cuota de inscripción en el FAS se puede definir como una "tasa"?

Es impropio definir de esta manera la cuota de inscripción, cuyo objetivo es la realización de la recíproca tutela y asistencia de los inscritos, fundamento del principio de la mutualidad. La cuota está unida a la solicitud solidaria, por la que cada trabajador de la Santa Sede contribuye a la tutela de la salud de todos los demás.

¿Puede decirnos cuál es la situación de las cuentas del FAS?

En el 2017, al finalizar un quinquenio caracterizado por dinámicas de crecimiento de los costes no sostenibles a largo plazo, se ha iniciado por parte del nuevo Consejo de administración un proceso de reforma basado en criterios de eficiencia, transparencia y uso virtuoso de los recursos económicos disponibles, con el fin de garantizar la sostenibilidad futura del Fondo sin incidir en ningún modo sobre la cualidad de las prestaciones erogadas a los inscritos. Gracias a esta reforma, en el mismo 2017 se obtuvieron ahorros de unos 3'6 millones de euros respecto al ejercicio precedente, y en 2018 un ahorro ulterior, respecto al 2017, de 1'4 millones de euros. Esto permitió la restitución a las administraciones de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano de más de 5 millones de euros.

¿Son ahorros obtenidos gracias al aumento del precio del ticket que pagan los trabajadores por las prestaciones?

Ciertamente no. La revisión de las cuotas de participación al gasto, el llamado ticket, aprobada por el Consejo de Administración del FAS el 25 de octubre de 2017 y en vigor desde el 1 de junio de 2018 no ha influido.

De hecho, los tickets cobrados en ventanilla pasaron de 302.000 euros en 2017 a 497.000 euros en 2018, con un aumento de solo 195.000 euros; frente a un gasto sanitario superior a 20 millones de euros.

¿El FAS posee capitales o hace inversiones?

El FAS no tiene capital patrimonial y lleva a cabo su actividad en beneficio de los inscritos utilizando exclusivamente las contribuciones pagadas mensualmente por las administraciones de la Santa Sede y el Estado de la Ciudad del Vaticano. El balance debe necesariamente cerrarse en equilibrio, por lo tanto, no es posible la realización y provisión de ganancias de balance. Todo lo ahorrado respecto al presupuesto aprobado no puede ser retenido y / o destinado a inversiones de ningún tipo, sino que debe devolverse a las administraciones que financian el Fondo.

SILVIA GUSMANO

«Este es un libro que termina mal, el 22 de diciembre de 1988, en Xapuri: un pequeño pueblo de Brasil en medio de la selva amazónica. Visto desde lo alto es solo un puñado de chozas nacidas donde un río con el mismo nombre, el Xapuri, se funde con otro mucho más grande: el Acre. Es un lugar perdido, difícil de alcanzar y de aquí es difícil escapar. Precisamente por esto, es un lugar donde la ley no llega. Y la palabra "justicia" pierde su significado. Este es un libro que termina mal el 22 de diciembre de 1988. Pero empieza un poco antes. Con una familia. Y un traslado a la selva».

Está dedicado a Chico Mendes (1944-1988) el nuevo volumen de la serie «Simplemente Héroe» de Einaudi Ragazzi *Chico Mendes, defensor de la Amazonia* (Trieste, 2020, 128 página, 10 euros), dedicada a historias verdaderas y fuertes de mujeres y hombres, modelos de nuestra época.

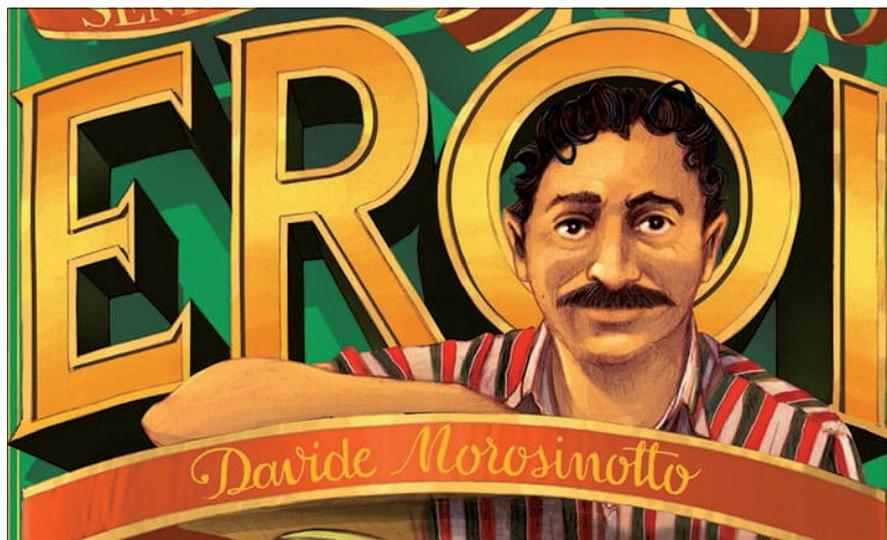
La vida del sindicalista y activista brasileño, gran paladín de la Amazonia y de los pueblos que allí viven, desplegado en primera línea contra la avaricia de criminales dispuestos a quemar el planeta solo para obtener beneficios, es contada por Davide Morosinotto, ya autor de las biografías de Franco Basaglia y Peppino Impastato.

La historia se narra a través de la voz y la mirada de Zuzá, un jovencísimo recolector de caucho que se muda con su familia a la selva.

Y la selva es la primera gran protagonista de esta historia. La selva con sus animales y colores, con sus estaciones, su vegetación, un conjunto de vida y de vidas que sobrevive gracias y a través de la presencia armónica de todos los elementos. Zuzá aprende secretos y peligros, potencialidades y trampas, pero sobre todo aprende el inmenso valor de esta selva que permite al mundo entero respirar. Son de hecho los árboles —descubre el niño— los que fabrican el aire y producen oxígeno, dando a los hombres la posibilidad de vivir.

Entre los árboles de la selva, el del caucho es el que garantiza el sustento de la familia de Zuzá: las páginas de Morosinotto ofrecen a los jóvenes lectores una visión interesante de cómo se obtiene un elemento de uso cotidiano. «Este es un árbol del caucho, —explicó el papá—. Justo debajo de la corteza fluye el látex, que es lo que tenemos que recoger nosotros y que al final de la estación iremos a vender a Xapuri» (...). Zuzá pensó en la rueda de un camión, y miró el árbol que estaba cerca de él. Era increíble que las dos cosas pudieran estar unidas».

Pero el pulmón verde del planeta, tan precioso y vital, está amenazado por hombres poderosos que para obtener beneficio no dudan en destruirlo. Y a pisotear a quien vive gracias a él en el más profundo respeto de los equilibrios de la naturaleza.



Chico Mendez, defensor de la Amazonia

A pleno pulmón

Zuzá descubre la violencia sin escrúpulos, la opresión, el odio por el débil, pero descubre también que existen personas que no inclinan la cabeza. Porque es en la selva que el niño conoce a un hombre, que aun habiendo vivido en condiciones de semiesclavitud, ha aprendido a leer, a entender lo que leía, a comprender el significado de palabras como justicia y derechos, y a luchar por verlas aplicadas.

Creando el sindicato Chico Mendes, que ha estado entre los que han llamado la atención del mundo sobre la Amazonia, ha dado a los habitantes de la selva una dirección,

un sentido de pertenencia, un objetivo común, la fuerza que viene del sentirse parte de una comunidad en lucha y en camino — y junto a todo esto un ambulatorio y una escuela («Zuzá aprendió que cada garabato del libro se correspondía con un sonido. Y que los sonidos puestos juntos formaban las palabras. Era una invención extraordinaria, una magia. Bastaba con conocer las letras para después crear todas las palabras del mundo. Y con las palabras llegan nuevas ideas. Nuevos pensamientos»).

Porque lo que Mendez enseña es el valor de la responsabilidad perso-

nal hacia los propios hijos, y hacia las generaciones futuras. El deber de defender «el derecho de crecer y trabajar y quedarse en la selva (...). Es por eso que estamos combatiendo, nosotros, aquí. Bien - dijo el papá -. Ahora quiero que sea también mi batalla».

El libro termina mal, Mendez —como se sabe— fue asesinado y décadas después de ese 22 de diciembre de 1988, la Amazonia continúa siendo saqueada. Pero Chico Mendes ha sembrado mucho y bien. Su batalla por la justicia y el respeto va en aumento, pero respira a pleno pulmón.

Carta del Papa a un joven de quince años español

Un camino que pone en marcha la oración

que ha realizado el camino de Santiago a pesar de su discapacidad

«En medio de la pandemia que nos toca vivir, con tu sencillez, alegría y simplicidad fuiste capaz de poner en movimiento la esperanza de muchas de las personas que te cruzaste en el camino»: estas palabras valen más que la «Compostelana», el documento que certifica la realización de la peregrinación a la tumba del apóstol Santiago, porque llegan directamente del Papa. Francisco las ha escrito de su puño y letra en español, en una carta dirigida a Álvaro Calvente, joven de quince años de Málaga con una discapacidad intelectual. A pesar de las dificultades el joven recorrió hace unos días algunas etapas del «Camino de Santiago», saliendo desde Sarria acompañado de su padre, Ildelfonso, y de un amigo de familia, Paco. Un testimonio de fe vivida, que ha resultado ser contagioso, ofreciendo un ejemplo positivo a imitar en estos tiempos de tendencia al aislamiento a causa del covid-19. Publicada en la web www.diocesismalaga.es, la carta firmada por el Pontífice es un certificado de gratitud y de aliento. «Querido Álvaro —escribió desde la Casa Santa Marta el pasado 20 de julio— recibí una carta de tu papá en la que me contaba que habían terminado de realizar el Camino de Santiago y cómo en sus mochilas no cargaban sólo vuestras intenciones y preocupaciones, sino que también muchas personas "se les sumaron" a la peregrinación pidiéndoles oraciones». Una unión espiritual que para el quinceañero se ha cumplido concluyendo la gente tanto «a lo largo del camino» como «a través de las redes sociales», ya que el viaje ha sido documentado por el padre en Twitter con la cuenta @CaminodeAlvaro. Al mismo tiempo, para no olvidar a los más pobres, la peregrinación ha servido para lanzar una campaña de recogida de fondos para apoyar el Cottolengo (Casa del Sagrado corazón) de Málaga.

Séptimo de diez hermanos, el joven vive en el barrio de Huelin y junto con su familia pertenece a una comunidad neocatecumenal de la parroquia de San Patricio. «Gracias Álvaro por animarte a caminar e invitar a muchos a caminar contigo» prosigue Francisco, subrayando cómo al realizar la peregrinación, Álvaro ha movido a muchas otras personas a ponerse en camino, alentándolos «a no tener miedo», a recuperar la alegría. Por otro lado, hace notar el Papa, «en el camino nunca vamos solos», porque —asegura— «el Señor camina siempre a nuestro lado». Desde aquí el agradecimiento conclusivo del Obispo de Roma —«por vuestro testimonio y oraciones»— acompañado por la bendición, una invocación a la Virgen del Carmelo y de la habitual invitación a rezar también por él.



“ Las dificultades de aquellos años, el conocimiento directo de las represiones sufridas por la Iglesia, no oscurecieron la capacidad de Ortega de “ir más allá”, de retomar el camino del diálogo en la búsqueda de convergencias que ayudaran a sintetizar y mejorar cualitativamente la vida del pueblo

A un año de la muerte del cardenal cubano Jaime Lucas Ortega y Alamino

La profecía del diálogo

MASSIMO NEVOLA*

El 26 de julio se celebra el primer aniversario de la muerte del cardenal cubano Jaime Ortega y Alamino. Durante treinta y cinco años Arzobispo de La Habana, su vida y su acción pastoral marcaron de forma decisiva las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Cuba. Creado cardenal por el Papa Juan Pablo II en el consistorio de noviembre de 1994, en pleno “período especial” (la difícil crisis económica que afectó al país después de la caída de la URSS), fue elegido inmediatamente después vicepresidente de la Conferencia Episcopal Latinoamericana. Una personalidad culta, siempre cortés, tranquila, sonriente, Ortega y Alamino encarnó a lo largo de su vida los grandes valores evangélicos del diálogo, el respeto, la expectativa tenaz, la misericordia y el fervor.

El que escribe sobre él hoy ha disfrutado de su amistad, su confianza en compartir sueños y luchas. Como todo auténtico profeta, vivió éxitos incuestionables y sufrió no pocas incomprendiones. Siempre disfrutó de la estima y el apoyo de los Papas: la fidelidad al Papa era para él un todo con la fidelidad a Cristo y a su Iglesia. Recordar su memoria no es, sin embargo, una simple expresión de gratitud, sino que anima hoy a Cuba y a toda la Iglesia a recoger y hacer suyo un testimonio luminoso para realizar las grandes perspectivas del Concilio en todas partes. Ortega era el hombre del diálogo. En él se encarnaron en detalle las grandes ideas expresadas por Pablo VI en *Ecclesiam suam*, la primera encíclica de su pontificado. No por la escrupulosa observancia de la letra, sino por la

expresión de un espíritu innato en su ser. No fue fácil, en un país que ha conocido años muy duros de enfrentamientos y malentendidos, tras el advenimiento de la revolución de 1959 que cambió el orden social de Cuba y el equilibrio político de toda la región del Caribe.

En palabras de Eusebio Leal Spengler, famoso Historiador de la Ciudad de La Habana, miembro del Consejo de Estado y amigo personal del Cardenal Ortega, podemos decir que «el choque ideológico que se produjo en ese momento era prácticamente inevitable: había una gran contradicción entre los intereses de ambas partes; entre la doctrina católica y el vertiginoso desarrollo de los acontecimientos revolucionarios. No sólo la curia, sino toda persona, católica o no, será víctima del desprecio en un período de intransigencia ideológica, imbuida del ideal de libertad y emancipación elaborado por el gobierno revolucionario. Junto con los homosexuales y disidentes, muchos fieles cristianos (incluidos los religiosos) de cualquier denominación serían llevados a las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), es decir, a los trabajos forzados. También le tocó al Padre Jaime Ortega, que acababa de regresar de sus estudios de teología en Montreal y comenzó su vida como sacerdote en la diócesis de Matanzas».

Las dificultades de aquellos años, el conocimiento directo de las represiones sufridas por la Iglesia, no oscurecieron la capacidad de Ortega de “ir más allá”, de retomar el camino del diálogo en la búsqueda de convergencias que ayudaran a sintetizar y mejorar cualitativamente la vida del pueblo. La lógica de la

oposición a largo plazo nunca vale la pena. Los anatemas utilizados en el pasado han alimentado a menudo, con odio y rencor, verdaderos conflictos sangrientos. La historia es a la vez testigo y juez. El Padre Jaime, que ha vivido un duro trabajo, lo sabe. Él reelabora todo a la luz de la enseñanza del Concilio que, guiado por la sabiduría patristica, nos invita a ver en todas partes y en todos las semillas del Verbo. El diálogo se nutre entonces de respeto. El otro, el Estado, no es un enemigo. Detrás de los sistemas e ideologías hay personas. Dentro de las ideologías hay semillas de verdad que deben ser resaltadas, fortalecidas y purificadas. El respeto no equivale a un desprecio superficial de las diferencias ni al olvido del sufrimiento sufrido por muchos que tal vez se vieron expropiados de un día para otro, sin derecho de apelación. Pero Jaime no se limita a la denuncia y al resentimiento. Trata de lograr el bien que es concretamente posible, demostrando la actitud inútil y estéril del enroque. Sin juzgar quién abandona el país, permanece en su amada patria. Comparte sus alegrías y sus penas. Espera con confianza los tiempos de Dios, que no siempre coinciden con los tiempos del hombre.

Su visión pastoral, su trabajo, siempre fueron muy apreciados y apoyados por la diplomacia vaticana, que nunca interrumpió el diálogo con el gobierno de La Habana.

La primera Conferencia Eclesial Nacional Cubana (ENEC), celebrada en 1986, fue decisiva. Su lema fue: «Bienaventurados sean los que conocen los signos de los tiempos». Después de una intensa reflexión, al final de esa reunión quedó abierta una pregunta: ¿cómo aceptar la po-

sibilidad de colaboración entre la Iglesia Católica y el Estado Marxista, rechazando cualquier actitud de conflicto? Para buscar una respuesta, el clero cubano tuvo que repensar críticamente su propia historia, para poder discernir entre “grano y cizaña”. A su vez, había llegado el momento de demostrar que no se podían escribir historias paralelas para la nación y la Iglesia de Cuba, porque por razones históricas y culturales ambas estaban íntimamente entrelazadas. Jaime Ortega fue entonces arzobispo de La Habana durante cinco años. Sus rasgos de personalidad, sus méritos y la originalidad de su mensaje ya lo habían convertido en el principal líder de la Iglesia cubana. Se dio cuenta de que la alta dirección del partido y del gobierno, involucrada en un proceso de corrección de errores, estaba dispuesta a hacer reparación o justicia a los fieles cristianos.

La figura de Monseñor Jaime Ortega, que en 1994 recibió la púrpura cardenalicia, puede considerarse de importancia internacional, ya que se encuentra entre los principales artífices de las tres visitas papales a Cuba: Juan Pablo II, en 1998; Benedicto XVI, en 2012 y Francisco en 2015. Él mismo fue también un importante mediador para el restablecimiento de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.

Aunque Ortega nunca se consideró el protagonista de la visita de Juan Pablo II, de hecho todo el mundo en Cuba reconoce que su posición ética, su aptitud para el diálogo y su capacidad para reconocer en todos los signos del Espíritu, constituyó uno de los pilares que ga-

Se titula *La Humana Communitas en la era de la pandemia. Consideraciones intempestivas sobre el renacimiento de la vida y el segundo documento —el primero con fecha del 30 de marzo de 2020— que la Academia Pontificia para la Vida dedica a las consecuencias de la crisis sanitaria mundial y su interpretación. Publicamos, a continuación, el texto.*

F Covid-19 ha traído tanta desolación al mundo. Lo hemos vivido durante mucho tiempo, todavía estamos en ello, y aun no ha terminado. Puede que se acabe ya pronto. ¿Qué hacer con ello? Seguramente, estamos llamados a tener valor para resistir. La búsqueda de una vacuna y de una explicación científica completa de lo que desencadenó la catástrofe habla de ello. ¿También estamos llamados a una mayor conciencia? Si es así, ¿cómo esta evitará que caigamos en la inercia de la complacencia, o peor aún, en la connivencia de la resignación? ¿Existe un "paso atrás" reflexivo que no sea la inacción, un pensamiento que pueda mutarse en agradecimiento por la vida recibida, por lo tanto, un pasaje para el renacimiento de la vida?

Covid-19 es el nombre de una crisis global (pandémica) con diferentes facetas y manifestaciones, por supuesto, pero con una realidad común. Nos hemos dado cuenta, como nunca antes, de que esta extraña situación, pronosticada desde hace tiempo, pero nunca abordada en serio, nos ha unido a todos. Como tantos procesos en nuestro mundo contemporáneo, el Covid-19 es la manifestación más reciente de la globalización. Desde una perspectiva puramente empírica, la globalización ha aportado muchos beneficios a la humanidad; ha difundido los conocimientos científicos, las tecnologías médicas y las prácticas sanitarias, todos ellos potencialmente disponibles en beneficio de todos. Al mismo tiempo, con el Covid-19, nos hemos encontrado vinculados de manera diferente, compartiendo una experiencia común de contingencia (cum- tangere): como nadie se ha podido librar de ella, la pandemia nos ha hecho a todos igualmente vulnerables, todos igualmente expuestos (cfr. Pontificia Academia para la Vida, *Pandemia y fraternidad universal*, 30 de marzo de 2020).

Esta toma de conciencia se ha cobrado un precio muy alto. ¿Qué lecciones hemos aprendido? Más aún, ¿qué conversión de pensamiento y acción estamos dispuestos a experimentar en nuestra responsabilidad común por la familia humana? (Francisco, *Humana Communitas*, 6 de enero 2019).

1. La dura realidad de las lecciones aprendidas

La pandemia nos ha mostrado el desolador espectáculo de calles vacías y ciudades fantasmagóricas, de la cercanía humana herida, del distanciamiento físico. Nos ha privado de la exuberancia de los abrazos, la amabilidad de los apretones de manos, el afecto de los besos, y ha convertido las relaciones en interacciones temerosas entre extraños, un intercambio neutral de individualidades sin rostro envueltas en el anonimato de los equipos de protección. Las limitaciones de los contactos sociales son aterradoras; pueden conducir a situaciones de aislamiento, desesperación, ira y abuso. En el caso de las personas de edad avanzada, en las últimas etapas de la vida, el sufrimiento ha sido aún más pronunciado, ya que a la angustia física se suma la disminución de la calidad de vida y la falta de visitas de familiares y amigos.

1.1. Vida tomada, vida dada: la lección de la fragilidad

Las metáforas predominantes que ahora invaden nuestro lenguaje ordinario enfatizan la hostilidad y un sentido penetrante de amenaza: los repetidos estímulos para "combatir" el virus, los comunicados de prensa que suenan como "partes de guerra", las informaciones diarias del número de infectados, que pronto se convierten en "víctimas caídas".

En el sufrimiento y la muerte de tantos, hemos aprendido la lección de la fragilidad. En muchos países, los hospitales siguen luchando, recibiendo demandas abrumadoras, enfrentando la agonía del racionamiento de recursos y el agotamiento del personal sanitario. La inmensa e indecible miseria, y la lu-

cha por las necesidades básicas de supervivencia, ha puesto en evidencia la condición de los prisioneros, los que viven en la extrema pobreza al margen de la sociedad, especialmente en los países en desarrollo, los abandonados destinados al olvido en los campos de refugiados del infierno. Hemos sido testigos del rostro más trágico de la muerte: algunos experimentan la soledad de la separación tanto física como espiritual de todo el mundo, dejando a sus familias impotentes, incapaces de decirles adiós, sin ni siquiera poder proporcionar los actos de piedad básica como por ejemplo un entierro adecuado. Hemos visto la vida llegar a su fin, sin tener en cuenta la edad, el estatus social o las condiciones de salud. Sin embargo, todos somos "frágiles": radicalmente marcados por la experiencia de la finitud en la esencia de nuestra existencia, no solo de manera ocasional. Hemos sido visitados por el suave toque de una presencia pasajera, pero esta nos ha dejado igual, no nos hemos inmutado, confiando en que todo continuará según lo previsto. Salimos de una noche de orígenes misteriosos: llamados a ir más allá de la elección, llegamos pronto a la presunción y a la queja, apropiándonos de lo que solemente nos ha sido confiado. Demasiado tarde aprendemos el consentimiento a la oscuridad de la que venimos, y a la que finalmente volvemos.

Algunos dicen que todo esto es un cuento absurdo, porque todo se queda en nada. Pero, ¿cómo podría ser esta nada la última palabra? Si es así, ¿por qué la lucha? ¿Por qué nos animamos unos a otros a la esperanza de días mejores, cuando todo lo que estamos experimentando en esta pandemia haya terminado? La vida va y viene, dice el guardián de la prudencia cínica. Sin embargo, su ascenso y descenso, ahora más evidente por la fragilidad de nuestra condición humana, podría abrirnos a una sabiduría diferente, a una realización diferente (cfr. *Sid. 8*). Porque la dolorosa evidencia de la fragilidad de la vida puede también renovar nuestra conciencia de su naturaleza dada. Volviendo a la vida, después de saborear el fruto ambivalente de su contingencia, ¿no seremos más sabios? ¿No seremos más agradecidos, menos arrogantes?

1.2. El sueño imposible de la autonomía y la lección de la finitud

Con la pandemia, nuestros reclamos de autodeterminación autónoma y control han llegado a un punto



Consideraciones intempestivas sobre el renacimiento de la vida

Humana communitas en la era de la pandemia

muerto, un momento de crisis que provoca un discernimiento más profundo. Tenía que suceder, tarde o temprano, porque el hechizo ya había durado bastante.

La epidemia del Covid-19 tiene mucho que ver con nuestra depredación de la tierra y el despojo de su valor intrínseco. Es un síntoma del malestar de nuestra tierra y de nuestra falta de atención; más aún, un signo de nuestro propio malestar espiritual (*Laudato si'*, n. 112). «Seremos capaces de colmar el foso que nos ha separado de nuestro mundo natural, convirtiendo con demasiada frecuencia nuestras subjetividades asérvicas en una amenaza para la creación, una amenaza para los demás?»

Consideremos la cadena de conexiones que unen los siguientes fenómenos: la creciente deforestación empuja a los animales salvajes a aproximarse del hábitat humano. Los virus alojados en los animales, entonces, se transmiten a los humanos, exacerbando así la realidad de la zoonosis, un fenómeno bien conocido por los científicos como vehículo de muchas enfermedades. La exagerada demanda de carne en los países del primer mundo da lugar a enormes complejos industriales de cría y explotación de animales. Es fácil ver cómo estas interacciones pueden, en última instancia, ocasionar la propagación de un virus a través del transporte internacional, la movilidad masiva de personas, los viajes de negocios, el turismo, etc.

El fenómeno del Covid-19 no es solo el resultado de acontecimientos naturales. Lo que ocurre en la naturaleza es ya el resultado de una compleja intermedicación con el mundo humano de las opciones económicas y los modelos de desarrollo, a su vez "infectados" con un "virus" diferente de nuestra propia creación: es el resultado, más que la causa, de la avaricia financiera, la autocoplacencia de los estilos de vida definidos por la indulgencia del consumo y el exceso. Hemos construido para nosotros mismos un ethos de prevaricación y desprecio por lo que se nos da, en la promesa elemental de la creación. Por eso estamos llamados a reconsiderar nuestra relación con el hábitat natural. Para reconocer que vivimos en esta tierra como administradores, no como amos y señores.

Se nos ha dado todo, pero la nuestra es solo una soberanía otorgada, no absoluta. Consciente de su origen, lleva la carga de la finitud y la marca de la vulnerabilidad. Nuestro destino es una libertad herida. Podríamos rechazarla como si fuera una maldición, una condición provisional que será pronto supe-

rada. O podemos aprender una paciencia diferente: capaz de consentir a la finitud, de renovada permeabilidad a la proximidad del prójimo y a la lejanía.

Cuando se compara con la situación de los países pobres, especialmente en el llamado Sur Global, la difícil situación del mundo "desarrollado" parece más bien un lujo: solo en los países ricos la gente puede permitirse los requisitos de seguridad. En cambio, en los no tan afortunados, el "distanciamiento físico" es solo una imposibilidad debido a la necesidad y al peso de las circunstancias extremas: los entornos abarrotados y la falta de un distanciamiento asegurable enfrentan a poblaciones enteras como un hecho insuperable. El contraste entre ambas situaciones pone de relieve una paradoja estridente, al relatar, una vez más, la historia de la desproporción de la riqueza entre países pobres y ricos.

Aprender la finitud y aceptar los límites de nuestra propia libertad es más que un ejercicio sobrio de realismo filosófico. Implica abrir nuestros ojos a la realidad de los seres humanos que experimentan tales límites en su propia carne, por así decirlo: en el desafío diario de sobrevivir, para asegurarse las condiciones mínimas a la subsistencia, alimentar a los niños y miembros de la familia, superar la amenaza de enfermedades a pesar de no tener acceso a los tratamientos por ser demasiado caros. Tengamos en cuenta la inmensa pérdida de vidas en el Sur Global: la malaria, la tuberculosis, la falta de agua potable y de recursos básicos siguen sembrando la destrucción de millones de vidas por año, una situación que se conoce desde hace décadas. Todas estas dificultades podrían superarse mediante esfuerzos y políticas internacionales comprometidas. ¿Cuántas vidas podrían salvarse; cuántas enfermedades podrían ser erradicadas, cuánto sufrimiento se evitaría!

1.3. El desafío de la interdependencia y la lección de la vulnerabilidad común

Nuestras pretensiones de soledad monádica tienen pies de barro. Con ellos se desmoronan las falsas esperanzas de una filosofía social atomista construida sobre la sospecha egoísta hacia lo diferente y lo nuevo, una ética de racionalidad calculadora inclinada hacia una imagen distorsionada de la autorrealización, impermeable a la responsabilidad del bien común a escala global, y no solo nacional.

Nuestra interconexión es un hecho. Nos hace a todos fuertes o, por el contrario, vulnerables, dependiendo de nuestra propia actitud hacia ella. Consideremos su relevancia a nivel nacional, para empezar. Aunque el Covid-19 puede afectar a todos, es especialmente dañino para poblaciones particulares, como los ancianos, o las personas con enfermedades asociadas y sistemas inmunológicos comprometidos. Las medidas políticas se toman para todos los ciudadanos por igual. Piden la solidaridad de los jóvenes y de los sanos con los más vulnerables. Piden sacrificios a muchas personas que dependen de la interacción pública y la actividad económica para su vida. En los países más ricos estos sacrificios pueden compensarse temporalmente, pero en la mayoría de los países estas políticas de protección son simplemente imposibles.

Si duda, en todos los países es necesario equilibrar el bien común de la salud pública con los intereses económicos. Durante las primeras etapas de la pandemia, la mayoría de los países se centraron en salvar vidas al máximo. Los hospitales, y especialmente los servicios de cuidados intensivos, eran insuficientes y solo se ampliaron después de enormes luchas. Sorprendentemente, los servicios de atención sobrevivieron gracias a los impresionantes sacrificios de médicos, enfermeras y otros profesionales de la sanidad, más que por la inversión tecnológica. Sin embargo, el enfoque en la atención hospitalaria desvió la atención de otras instituciones de cuidados. Las resi-



dencias de ancianos, por ejemplo, se vieron gravemente afectadas por la pandemia, y solo en una etapa tardía se dispuso de suficientes equipos de protección y test. Los debates éticos sobre la asignación de recursos se basaron principalmente en consideraciones utilitarias, sin prestar atención a las personas que experimentaban un mayor riesgo y una mayor vulnerabilidad. En la mayoría de los países se ignoró el papel de los médicos generales, mientras que para muchas personas son el primer contacto en el sistema de atención. El resultado ha sido un aumento de las muertes y discapacidades por causas distintas del Covid-19. La vulnerabilidad común exige también la cooperación internacional, así como entender que no se puede resistir una pandemia sin una infraestructura médica adecuada, accesible a todos a nivel mundial. Tampoco se puede abordar la difícil situación de un pueblo, infectado repentinamente, de manera aislada, sin forjar acuerdos internacionales, y con una multitud de diferentes interesados. El intercambio de información, la prestación de ayuda y la asignación de los escasos recursos deberán abordarse en una sinergia de esfuerzos. La fuerza de la cadena internacional viene dada por el eslabón más débil.

La lección recibida espera una asimilación más profunda. Seguro que las semillas de esperanza se han sembrado en la oscuridad de los pequeños gestos, de los actos de solidaridad demasiado numerosos para contarlos, demasiado preciosos para difundirlos. Las comunidades han luchado honorablemente, a pesar de todo, a veces contra la ineptitud de su liderazgo político, para articular protocolos éticos, forjar sistemas normativos, recuperar vidas sobre ideales de solidaridad y solicitud recíproca. La apreciación unánime de estos ejemplos muestra una comprensión profunda del auténtico significado de la vida y una forma deseable de realización personal.

Sin embargo, no hemos prestado suficiente atención, especialmente a nivel mundial, a la interdependencia humana y a la vulnerabilidad común. Si bien el virus no reconoce fronteras, los países han sellado sus fronteras. A diferencia de otros desastres, la pandemia no afecta a todos los países al mismo tiempo. Aunque esto podría ofrecer la oportunidad de aprender de las experiencias y políticas de otros países, los procesos de aprendizaje a nivel mundial fueron mínimos. De hecho, algunos países han entablado a veces un cínico juego de culpas recíprocas.

La misma falta de interconexión puede observarse en los esfuerzos por desarrollar remedios y vacunas. La falta de coordinación y cooperación se reconoce cada vez más como un obstáculo para abordar el Covid-19. La conciencia de que estamos juntos en este

desastre, y de que solo podemos superarlo mediante los esfuerzos cooperativos de la comunidad humana en su conjunto, esta estimulando los esfuerzos compartidos. El establecimiento de proyectos científicos transfronterizos es un esfuerzo que va en esa dirección. También debe demostrarse en las políticas, mediante el fortalecimiento de las instituciones internacionales. Esto es particularmente importante, ya que la pandemia está aumentando las desigualdades e injusticias ya existentes, y muchos países que carecen de los recursos y servicios para hacer frente adecuadamente al Covid-19 dependen de la asistencia de la comunidad internacional.

2. Hacia una nueva visión: El renacimiento de la vida y la llamada a la conversión

Las lecciones de fragilidad, finitud y vulnerabilidad nos llevan al umbral de una nueva visión: fomentan un espíritu de vida que requiere el compromiso de la inteligencia y el valor de la conversión moral. Aprender una lección es volverse humilde; significa cambiar, buscando recursos de significado hasta ahora desaprovechados, tal vez repudiados. Aprender una lección es volverse consciente, una vez más, de la bondad de la vida que se nos ofrece, liberando una energía que va más allá de la inevitable experiencia de la pérdida, que debe ser elaborada e integrada en el significado de nuestra existencia.

¿Puede ser esta ocasión la promesa de un nuevo comienzo para la humana communitas, la promesa del renacimiento de la vida? Si es así, ¿en qué condiciones?

2.1. Hacia una ética del riesgo

Debemos llegar, en primer lugar, a una renovada apreciación de la realidad existencial del riesgo: todos nosotros podemos sucumbir a las heridas de la enfermedad, a la matanza de las guerras, a las abrumadoras amenazas de los desastres. A la luz de esto, surgen responsabilidades éticas y políticas muy específicas respecto a la vulnerabilidad de los individuos que corren un mayor riesgo en su salud, su vida, su dignidad. El Covid-19 podría considerarse, a primera vista, solo como un determinante natural, aunque ciertamente sin precedentes, del riesgo mundial. Sin embargo, la pandemia nos obliga a examinar una serie de factores adicionales, todos los cuales entrañan un reto ético poli-facético. En este contexto, las decisiones deben ser proporcionales a los riesgos, de acuerdo con el principio de precaución. Centrarse en la génesis natural de la pandemia, sin tener en cuenta las desigualdades económicas, sociales y políticas entre los países del mundo, es no entender las condiciones que hacen que su propagación sea más rápida y difícil de abordar. Un desastre, cualquiera que sea su origen, es un desafío ético porque es una catástrofe que afecta a la vida humana y perjudica la existencia humana en múltiples dimensiones.

En ausencia de una vacuna, no podemos contar con la capacidad de derrotar permanentemente al virus que causó la pandemia, salvo por agotamiento espontáneo de la fuerza patológica de la enfermedad. Por lo tanto, la inmunidad contra el Covid-19 sigue siendo una especie de esperanza para el futuro. Esto también significa reconocer que vivir en una comunidad en riesgo exige una ética a la par de la perspectiva de que tal situación pueda realmente convertirse en realidad.

Al mismo tiempo, es necesario dar cuerpo a un concepto de solidaridad que vaya más allá del compromiso genérico de ayudar a los que sufren. Una pandemia nos insta a todos a abordar y remodelar las dimensiones estructurales de nuestra comunidad mundial que son opresivas e injustas, aquellas a las que en términos de fe se les llama "estructuras de pecado". El bien común de la comunidad humana no puede lograrse sin una verdadera conversión de las mentes y los corazones (*Laudato si'*, 217-221). El Ha-

Humana communitas en la era de la pandemia

VIENE DE LA PÁGINA 6

mamiento a la conversión se dirige a nuestra responsabilidad: su miopía es imputable a nuestra falta de voluntad de mirar la vulnerabilidad de las poblaciones más débiles a nivel mundial, y no a nuestra incapacidad de ver lo que es tan obviamente claro. Una apertura diferente puede ampliar el horizonte de nuestra imaginación moral, para incluir finalmente lo que ha sido descaradamente pasado por alto y relegado al silencio.

2.2. El llamamiento a los esfuerzos mundiales y a la cooperación internacional

Los contornos básicos de una ética del riesgo, basada en un concepto más amplio de solidaridad, implican una definición de comunidad que rechaza cualquier provincialismo, la falsa distinción entre los que están dentro, es decir, los que pueden exhibir una pretensión de pertenecer plenamente a la comunidad, y los que están fuera, es decir, los que pueden esperar, en el mejor de los casos, una supuesta participación en ella. El lado oscuro de esa separación debe ponerse de relieve como una imposibilidad conceptual y una práctica discriminatoria. No se puede considerar que nadie esté simplemente “a la espera” del reconocimiento pleno de su estatuto, como si estuviera a las puertas de la humana communitas. El acceso a una atención de salud de calidad y a los medicamentos esenciales debe reconocerse como un derecho humano universal (cfr. *Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos*, art. 14). De esta premisa se desprenden lógicamente dos conclusiones.

La primera se refiere al acceso universal a las mejores oportunidades de prevención, diagnóstico y tratamiento, más allá de su restricción a unos pocos. La distribución de una vacuna, una vez que esté disponible en el futuro, es un punto en el caso. El único objetivo aceptable, coherente con una asignación justa de la vacuna, es el acceso para todos, sin excepciones.

La segunda conclusión se refiere a la definición de la investigación científica responsable. Está mucho en juego y los temas son complejos. Cabe destacar tres de ellos. Primero, con respecto a la integridad de la ciencia y las nociones que impulsan su avance: el ideal de objetividad controlada, si no totalmente “desapegada”; y el ideal de libertad de investigación, especialmente la libertad de conflictos de intereses. En segundo lugar, está en juego la naturaleza misma del conocimiento científico como práctica social, definida, en un contexto democrático, por normas de igualdad, libertad y equidad. En particular, la libertad de investigación científica no debe incluir la adopción de decisiones políticas en su esfera de influencia. La toma de decisiones políticas y el ámbito de la política en su conjunto mantienen su autonomía frente a la usurpación del poder científico, especialmente cuando este se convierte en una manipulación de la opinión pública. Por último, lo que se cuestiona aquí es el carácter esencialmente “fiduciario” del conocimiento científico en su búsqueda de resultados socialmente beneficiosos, especialmente cuando el conocimiento se obtiene mediante la experimentación en seres humanos y la promesa de un tratamiento probado en ensayos clínicos. El bien de la sociedad y las exigencias del bien común en el ámbito de la atención de la salud se antepone a cualquier preocupación por el lucro. Y esto porque las dimensiones públicas de la investigación no pueden ser sacrificadas en el altar del beneficio privado. Cuando la vida y el bienestar de una comunidad están en juego, el beneficio debe pasar a un segundo plano.

La solidaridad se extiende también a cualquier esfuerzo de cooperación internacional. En este

contexto, la Organización Mundial de la Salud (OMS) ocupa un lugar privilegiado. Profundamente arraigada en su misión de dirigir la labor internacional en materia de salud está la noción de que solo el compromiso de los gobiernos en una sinergia mundial puede proteger, fomentar y hacer efectivo un derecho universal al más alto nivel posible de salud. Esta crisis pone de relieve lo mucho que se necesita una organización internacional de alcance mundial, que incluya específicamente las necesidades y preocupaciones de los países menos adelantados que se enfrentan a una catástrofe sin precedentes. La estrechez de miras de los intereses nacionales ha llevado a muchos países a reivindicar para sí mismos una política de independencia y aislamiento del resto del mundo, como si se pudiera hacer frente a una pandemia sin una estrategia mundial coordinada. Esa actitud podría dar una idea de la subsidiariedad y de la importancia de una intervención estratégica basada en la pretensión de que una autoridad inferior tenga precedencia sobre cualquier autoridad superior, más distante de la situación local. La subsidiariedad debe respetar la esfera legítima de la autonomía de las comunidades, potenciando sus capacidades y responsabilidad. En realidad, la actitud en cuestión se alimenta de una lógica de separación que, para empezar, es menos eficaz contra el Covid-19. Además, la desventaja no solo es de facto corta de miras, sino que también da lugar a un aumento de las desigualdades y a la exacerbación de los desequilibrios de recursos entre los distintos países. Aunque todos, ricos y pobres, son vulnerables al virus, estos últimos están

Como un deber, la solidaridad no viene gratis, sin costo, y es necesaria la disposición de los países ricos a pagar el precio requerido por el llamado a la supervivencia de los pobres y la sostenibilidad de todo el planeta. Esto es válido tanto de manera sincrónica, con respecto a los distintos sectores de la economía, como diacrónica, es decir, en relación con nuestra responsabilidad por el bienestar de las generaciones futuras y la medición de los recursos disponibles.

Todos estamos llamados a hacer nuestra parte. Mitigar las consecuencias de la crisis implica renunciar a la noción de que “la ayuda vendrá del gobierno”, como si fuera un *deus ex machina* que deja a todos los ciudadanos responsables fuera de la ecuación, intocables en su búsqueda de intereses personales. La transparencia de la política y las estrategias políticas, junto con la integridad de los procesos democráticos, requieren un enfoque diferente. La posibilidad de una escasez catastrófica de recursos para la atención médica (materiales de protección, equipos de test, ventilación y cuidados intensivos en el caso del Covid-19), podría utilizarse como ejemplo. Ante los trágicos dilemas, los criterios generales de intervención, basados en la equidad en la distribución de los recursos, el respeto de la dignidad de toda persona y la especial atención a los vulnerables, deben esbozarse de antemano y articularse en su plausibilidad racional con el mayor cuidado posible.

La capacidad y la voluntad de equilibrar principios que podrían competir entre sí es otro pilar esencial de una ética del riesgo y la solidaridad. Por supuesto, el primer deber es proteger la vida y la salud. Aunque una situación de riesgo cero sigue siendo una imposibilidad, respetar el distanciamiento físico y frenar, si no de tener totalmente, ciertas actividades han producido efectos dramáticos y duraderos en la economía. Habrá que tener en cuenta también el costo de la vida privada y social. Se plantean dos cuestiones cruciales. La primera se refiere al umbral de riesgo aceptable, cuya aplicación no puede producir efectos discriminatorios con respecto a las condiciones de poder y riqueza. La protección básica y la disponibilidad de medios de diagnóstico deben ofrecerse a todos, de acuerdo con un principio de no discriminación.

La segunda aclaración decisiva se refiere al concepto de “solidaridad en el riesgo”. La adopción de reglas específicas por una comunidad requiere una atención a la evolución de la situación en el campo, tarea que solo puede llevarse a cabo mediante un discernimiento fundado en la sensibilidad ética, y no solo en la obediencia a la letra de la ley. Una comunidad responsable es aquella en la que las cargas de la cautela y el apoyo recíproco se comparten proactivamente con miras al bienestar de todos. Las soluciones jurídicas a los conflictos en la asignación de la culpabilidad y la responsabilidad por mala conducta o negligencia voluntarias son a veces necesarias como instrumento de justicia. Sin embargo, no pueden sustituir a la confianza como sustancia de la interacción humana. Solo esta última nos suiará a través de la crisis, ya que solo sobre la base de la confianza puede la humana communitas finalmente florecer. Estamos llamados a una actitud de esperanza, más allá del efecto paralizante de dos tentaciones opuestas: por un lado, la resignación que sufre pasivamente los acontecimientos; por otro, la nostalgia de un retorno al pasado, solo anhelando lo que había antes. En cambio, es hora de imaginar y poner en práctica un proyecto de convivencia humana que permita un futuro mejor para todos y cada uno. El sueño recientemente descrito para la región amazónica podría convertirse en un sueño universal, un sueño para todo el planeta que “integre y promueva a todos sus habitantes para que puedan consolidar un «buen vivir»” (*Querida Amazonia*, 8).



obligados a pagar el precio más alto y a soportar las consecuencias a largo plazo de la falta de cooperación. Es evidente que la pandemia está empeorando las desigualdades que ya están asociadas a los procesos de globalización, haciendo que más personas sean vulnerables y estén marginadas, desprovistas de atención sanitaria, empleo y redes de seguridad social.

2.3. El equilibrio ético centrado en el principio de solidaridad

En última instancia, el significado moral, y no solo estratégico, de la solidaridad es el verdadero problema en la actual encrucijada a la que ha de hacer frente la familia humana. La solidaridad conlleva la responsabilidad hacia el otro que está en una situación de necesidad, que se basa en el reconocimiento de que, como sujeto humano dotado de dignidad, cada persona es un fin en sí mismo, no un medio. La articulación de la solidaridad como principio de la ética social se basa en la realidad concreta de una presencia personal en la necesidad, que clama por su reconocimiento. Así pues, la respuesta que se nos pide no es solo una reacción basada en nociones sentimentales de simpatía; es la única respuesta adecuada a la dignidad del otro que requiere nuestra atención, una disposición ética basada en la aprehensión racional del valor intrínseco de todo ser humano.

La profecía del diálogo

VIENE DE LA PÁGINA 5

rantizaron el pleno éxito del viaje histórico del Papa. Por primera vez, un sucesor de Pedro tocó suelo cubano. Los detalles de la peregrinación, el encuentro con el Jefe de la Revolución y los actos más importantes, fueron transmitidos en vivo, en su totalidad, por los medios de comunicación. La prohibición de las procesiones públicas cesó y una atmósfera de alegría caracterizó esos días inolvidables. Este éxito también se debió al excelente trabajo de la comisión conjunta Iglesia-Estado.

Años más tarde, en noviembre de 2005, Fidel Castro participó en una reunión organizada por el Nuncio Apostólico, los obispos cubanos y otros religiosos para celebrar el septuagésimo aniversario del establecimiento de relaciones con la Santa Sede. Juan Pablo II había muerto el 2 de abril del mismo año y, recordándolo, Fidel dejó escrito en el libro de condolencias de la nunciatura apostólica a Cuba: «Descansa en paz, infatigable batallador por la amistad entre los pueblos, enemigo de la guerra y amigo de los pobres. Fueron vanos los esfuerzos de quienes quisieron usar tu prestigio y tu enorme autoridad espiritual contra la causa justa de nuestro pueblo en su lucha contra el gigantesco imperio. Nos visitaste en tiempos difíciles y pudiste percibir la nobleza, el espíritu solidario y el

ces podríamos hacer válido el querido lema de la generación anterior de la Acción Católica: «Cada vez más, cada vez mejor. Dios, patria y justicia».

La visita del Papa Benedicto XVI significó otro momento de gran valor para el Cardenal Jaime en su acercamiento al gobierno cubano y en su incansable trabajo. A pesar de los ataques que recibió de sectores intransigentes de la comunidad cubana en el exterior e incluso dentro del propio país, donde no pocos cuestionaron su liderazgo, fue recibido por el Pontífice en un encuentro privado. Después de escuchar atentamente lo que el Padre Jaime decía sobre las circunstancias por las que pasaba el país, el Papa le dijo: «Usted ha hecho y está haciendo lo que se debe hacer: la misión de la Iglesia es construir puentes». Necesitamos hombres verdaderamente santos: animados por la caridad que no cede al rencor y por grandes visiones que sepan mirar al futuro cercano y remoto con profunda esperanza. Ortega lo era.

Con la llegada del Papa Francisco, la capacidad de diálogo del cardenal Ortega se incrementó aún más. Con la intención de invertir todo su carisma y el prestigio del Pontificado en un intento de influir en el futuro de Cuba y América Latina de la mejor manera posible, Francisco le dio a Jaime Ortega la delicada misión de hacer todo lo posible para hacer realidad el encuentro entre Raúl Castro y Barack Oba-

“

Con la llegada del Papa Francisco, la capacidad de diálogo del cardenal Ortega se incrementó aún más. Con la intención de invertir todo su carisma y el prestigio del Pontificado en un intento de influir en el futuro de Cuba y América Latina de la mejor manera posible, Francisco le dio a Jaime Ortega la delicada misión de hacer todo lo posible para hacer realidad el encuentro entre Raúl Castro y Barack Obama



valor moral del pueblo que te recibió con especial respeto y afecto porque supo apreciar la bondad y el amor por los seres humanos que impulsaron tu largo peregrinar sobre la Tierra».

Una nueva fase de diálogo entre la Iglesia y el Estado se inició cuando el General Raúl Castro Ruz, al asumir la presidencia en 2008, lanzó el proyecto de modernización de la sociedad cubana, adaptándose a los tiempos y circunstancias del mundo globalizado. Las conversaciones trascienden las cuestiones religiosas. Eusebio Leal estuvo con el Presidente Raúl en reuniones con el Cardenal Jaime que precedieron a la importante liberación de prisioneros en 2011. Los altos niveles de entendimiento mutuo eran claros. Ortega, con su calma y tenaz paciencia, logró resultados que no se habían esperado hasta unos años antes. Nada habría sucedido si su capacidad de diálogo no se hubiera alimentado de la sólida virtud evangélica de la misericordia (que no tiene en cuenta el mal recibido) y de la capacidad de esperar el kairós del Espíritu. A partir de ese momento, los bienes de la Iglesia comenzaron a ser restituidos; había publicaciones periódicas y, en las principales diócesis, cientos de jóvenes estudiaban la doctrina social cristiana, recibiendo así conocimientos complementarios a la educación pública. Importantes eventos litúrgicos fueron transmitidos por televisión y radio. Para muchos intelectuales fue finalmente posible establecer una clara diferencia entre la fe y la ideología. Enton-

ma. El cardenal comenzó a viajar y a tener numerosas reuniones de mediación. Así, el 17 de diciembre de 2014, los presidentes de Cuba y de los Estados Unidos hicieron el anuncio que conmovió a la opinión pública mundial. Fue el primer paso hacia la normalización que sólo se logrará cuando se levante finalmente el bloqueo económico-financiero, que el Cardenal Jaime siempre ha condenado. También depende en gran medida del nuevo rumbo de los Estados Unidos, y del resultado de la actual pandemia, que requiere que toda la humanidad se replantee radicalmente no sólo los modelos de desarrollo y la economía mundial, sino también las relaciones entre los pueblos, las culturas y las religiones.

Cuando se reunieron en el aeropuerto de La Habana el 12 de febrero de 2016, en un acto de excepcional importancia histórica para el cristianismo, el Papa Francisco y Kirill, Patriarca de toda Rusia, expresaron su adhesión a la paz mundial como un deber sagrado. Jaime Ortega estuvo presente en el evento, siendo testigo de un valor que caracterizó toda su vida como hombre, como creyente, como pastor: la prevalencia del diálogo sobre las diferencias. ¡El diálogo hace la comunión!

**Superior de la comunidad jesuita de San Ignacio en Roma y asistente nacional de la Comunidad de Vida Cristiana*

”

Descansa en paz, infatigable batallador por la amistad entre los pueblos, enemigo de la guerra y amigo de los pobres. Fueron vanos los esfuerzos de quienes quisieron usar tu prestigio y tu enorme autoridad espiritual contra la causa justa de nuestro pueblo en su lucha contra el gigantesco imperio

Amar y mirar de frente la vida



PEDRO RAFAEL ORTIZ S. *

En cuestión de ocho días, los informes del Gobierno de Puerto Rico sobre la incidencia —conclusiva o detectada— de covid-19 nos sugieren que se registraron cerca de 2.000 casos. De manera, que al escribir esta columna, hoy, viernes 17 de julio, el gran total era 11.120 casos, mientras ocho días antes era de 9.137. El aumento es de 1.983 casos, sean con pruebas concluyentes o preliminares. Por supuesto, esos cálculos se basan en las pruebas y no en los que pueda haber sin que hayan sido documentados por el Gobierno. Como era de esperarse, el Gobierno comenzó a recoger velas y a echar hacia atrás algunas de las medidas que se habían tomado para liberalizar actividades en los ámbitos económicos y sociales. Además, comenzó el también esperable proceso de echar culpas y de sustituir el conocimiento por las supersticiones. Nada nuevo. No hemos avanzado mucho en eso de buscar culpabilidades, la mayoría de las veces, imaginarias, ante los desastres naturales y las epidemias. Pero no olvidemos que es algo que tenemos que superar. Se trata de ancestrales mecanis-

mos de defensa de la mente humana para buscar alguna manera de usar juicios morales o doctrinales en lugar de «mirar de frente» las noticias difíciles y dolorosas y asumir la vida con alta responsabilidad ética.

Hasta ahora, en Puerto Rico y en muchas partes del mundo, la pandemia del Coronavirus está comportando bastante parecido a la Gripe Española de hace cien años, cuando muchos millones de personas murieron en la segunda vuelta. Por supuesto, las cifras de decenas de millones de muertos de aquella vez no han ocurrido, al menos todavía. Podemos hacer listas de imprudencias, individuales y sociales por creer, o querer creer, que el peligro había pasado o que nunca fue tan grave como los salubristas lo pintaban.

Podemos hablar de la gente celebrando la vida y compartiendo en clubes, cafetines, playas, graduaciones, caravanas políticas, visitas a familiares y... sería la de no acabar. También podríamos hablar de los jefes del Estado y políticos dando el malísimo ejemplo de quitarse las mascarillas y pegarse unos a otros, de la misma manera que podríamos hacer una lista de cómo los amigos de lo ajeno se cebaron tratando de saquear los escasos fondos disponibles para atender la emergencia.

Esas listas y estilos de vida sirven de muy poco en este momento. Lo que hay que hacer es «mirar de frente» la situación que tenemos y apecharle con la mayor solidaridad y amor al prójimo del que sea capaz cada cual. Como parte de ese amar y mirar de frente las cosas, no vendría mal mirar —también de frente— algunas realidades que, tal vez nos podrían ayudar. En China, donde se originó este mal, se logró detener su avance en cerca de 83.000 y sigue detenido. En Cuba, que tiene mucha más población que Puerto Rico, los casos no llegan a tres mil y tienen muchas menos muertes que nosotros. De hecho, Puerto Rico ocupa el triste lugar de ser el segundo en casos de covid-19 en todas las islas del Caribe. ¿Qué tal si dejamos un poco al lado las falsas lealtades ideológicas y los prejuicios fanáticos que se disfrazan de doctrinas para ver qué cosas podemos aprender de otros y usarlas para nuestro bien sobre la base del amor y el respeto humano? Esto va para largo, pero yo apuesto por Puerto Rico; no por ilusión, sino porque ese es mi compromiso y estoy dispuesto a amar y mirar de frente la vida.

* Sacerdote diocesano

En un mensaje el obispo boliviano Fernando Bascopé Müller exhorta a no bajar la guardia en este momento de pandemia

La educación debe continuar

«Los niños y los jóvenes deben recibir lo mejor que la sociedad puede darles y eso se llama educación». Monseñor Fernando Bascopé Müller, presidente del área de educación de la Conferencia Episcopal Boliviana (CEB), lo declaró en un mensaje de vídeo, difundido recientemente en la página web del episcopado.

Una reflexión dirigida a los miembros de la comunidad educativa y a los estudiantes del país, para subrayar que la educación no debe detenerse en absoluto, ni siquiera en tiempos de pandemia.

«No cabe duda —explicó— de que lo mejor sería una educación presencial y de que la educación virtual tiene sus limitaciones y hay que mejorarla». Sin embargo, según el prelado, es mejor contentarse con lo que se tiene en este momento, que «no tener nada y desperdiciar un valioso tiempo de la vida sin hacer algo que te forme y te ayude a desarrollar tus capacidades».

Además, Monseñor Bascopé Müller considera «afortunados a los jóvenes que pueden acceder a las clases virtuales gracias a los padres que aprecian la importancia de la educación» y a los profesores que «han hecho un esfuerzo especial para que las clases continúen incluso durante el período de la pandemia».

Dirigiéndose a los estudiantes, el obispo les animó, a pesar de las muchas dificultades causadas por la cuarentena, a aprovechar este tiempo para acercarse a sus seres queridos y aprender lo más posible, porque el buen Señor les ha dado muchos talentos que pueden desarrollar.

Al mismo tiempo, el prelado expresó su cercanía a quienes no tenían acceso a la educación digital y se encontraban en un período de vacío educa-

tivo. «Sin duda —continuó Monseñor Bascopé Müller— te sientes frustrado y desconcertado. Las noticias y el panorama que debes ver en los medios de comunicación social, sin duda, te deben desorientar y debes sentirte al margen de las decisiones que se van tomando por personas ajenas a ti y a tu mundo juvenil». El obispo también aseguró que las obras educativas de la Iglesia se comprometen a buscar nuevos caminos a través de diferentes y variadas estrategias para superar la falta de educación.

«Queremos que sepas —continuó en el mensaje de vídeo— que estás en el corazón de Dios y que el Señor te mira con ternura y preocupación en este y en todo momento. Como educadores deseamos que accedas cuanto antes a la educación virtual, que es el camino que por ahora nos lleva a lograr tu formación en este tiempo de pandemia que atraviesa en el país y el mundo».

Por último, el prelado, apreciando el «noble esfuerzo» realizado por los educadores en este período de pandemia, se dirigió a los padres, invitándoles a seguir «siendo los protagonistas principales de la educación de sus hijos» y les instó a «aprovechar para tomar conciencia del importantísimo rol de ser la presencia atenta y amorosa que requieren nuestros niños y jóvenes».

La buena marcha de la educación virtual —concluyó— depende en buena medida de la coordinación entre padres y maestros, es por eso que invitamos a ambos estamentos a apoyarse mutuamente buscando el bien de nuestros niños y jóvenes». De ahí la invitación a ambas partes a apoyarse mutuamente por el bien de toda la comunidad.

Presentado el informe 2019 de Caritas Internationalis

La pandemia alimenta la pobreza y el hambre



No se pueden cerrar los ojos ante las dramáticas situaciones que viven las personas en el Líbano, Siria y otros países de Oriente Medio. Los pobres son las primeras víctimas de las sanciones económicas y la pandemia del covid-19 ha hecho que sus vidas sean aún más precarias. Así lo advirtió el cardenal Luis Antonio Gokim Tagle, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, con motivo de la presentación del informe anual de 2019 de Caritas Internationalis, presidida por él.

Durante una conferencia de prensa, celebrada en la tarde del jueves 16 de julio, hablaron el Cardenal Wilfrid Fox Napier, Presidente de Caritas Sudafrica, el Secretario General de Caritas Internationalis, Aloysius John, y Rita Rhayem, Directora de Caritas Líbano.

El Cardenal Tagle invitó a prepararse «para hacer frente a las dramáticas consecuencias de la pandemia de la covid-19» y «al riesgo de que millones de personas mueran de hambre». De ahí la esperanza de que «los numerosos cambios que hemos experimentado y estamos experimentando sean una oportunidad para el futuro» para construir una «nueva conexión de solidaridad». El cardenal se refirió a la esperanza en el mañana que es particularmente importante en un momento en que la humanidad se enfrenta a una crisis de salud mundial. La covid-19, añadió, muestra la fragilidad de la existencia humana. Luego, el recuerdo de las palabras del Papa Francisco: estamos frente a un nuevo comienzo, el mundo no

puede y no debe seguir siendo el mismo.

El cardenal habló después de «una sola familia humana» y el sentimiento de cercanía que causó la pandemia, que afecta a todos, no puede olvidarse sin dejar huella. Se necesitan nuevas respuestas. No todo puede limitarse a la emocionalidad ligada a la crisis sanitaria, pero es necesario encontrar esa capacidad para combatir las situaciones dramáticas en las que se encuentran miles de personas: el hambre en el mundo, las guerras, la violencia y todo lo que atente contra la dignidad humana. Es necesario recuperar, dijo el Prefecto, la mirada inclusiva del Papa Francisco en *Laudato si'* y comprometerse en acciones concretas como la de «un alto el fuego global».

En el informe anual de 2019 se detallan las diversas actividades realizadas en todo el mundo por Caritas Internationalis, que cuenta con 162 entidades federadas en 200 países. En la actualidad, el organismo ayuda a casi 9 millones de personas en 14 países, entre ellos el Ecuador, la India, Bangladesh, el Líbano y Burkina Faso.

Al estallar la pandemia, Caritas Internationalis había establecido un fondo de respuesta covid-19 para dar respuestas inmediatas y eficaces, empezando por el suministro de alimentos y productos sanitarios y siguiendo con el apoyo económico. En particular, se han financiado 23 proyectos para atender a las necesidades de la emergencia y se han aprobado otros 14.

Videomensaje a los operadores pastorales de la Patagonia

Servidores de los demás

«Al borde del camino de la vida, hay hombres y mujeres como nosotros, hay viejitos y hay chicos que están pidiéndonos con su mirada, que les demos una mano»: está la parábola del buen samaritano como telón de fondo de este deseo expresado por el Papa en un mensaje de vídeo enviado el viernes 24 de julio a los participantes en el cuarto curso de espiritualidad organizado por la diócesis argentina de Comodoro-Rivadavia, en la región de la Patagonia.

Celebrado en modalidad virtual con la participación de unas seiscientas personas, el curso estuvo dedicado al tema «Conversión a la diaconía social», inspirado en el documento de la Comisión Teológica Internacional *La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia*, en particular en el cuarto capítulo. En esta época de la pandemia de covid-19 fue necesario un encuentro en la red: y así se conectó tanto desde grandes centros urbanos y pequeños pueblos, como desde lugares a más de 600 kilómetros de la sede de Comodoro, aún con dificultades de conexión, en algunos casos posibilitadas gracias a la solidaridad de otros fieles que hicieron llegar el equipo tecnológico e informático necesario.

La grabación con las imágenes del Pontífice que, de pie, desde la Casa Santa Marta se dirige en español a sus interlocutores del otro lado del mundo, fue difundida por la Iglesia local —de la que es obispo Joaquín Gimeno Lahoz— a través de su canal de YouTube.

Definiendo el título elegido para los trabajos como «sugestivo», el

Obispo de Roma sacó de él la enseñanza de cómo significa «darme cuenta de que tengo que servir a los demás, darme cuenta de que no soy el único en el mundo, que tengo que mirar qué necesidades pasa el otro, necesidades materiales, espirituales». Sin embargo, lamentablemente, con demasiada frecuencia —observó— «estamos acostumbrados, por egoístas a pasar de lado, o incluso a no ver a los que sufren, o incluso mirar para otro lado». De ahí la exhortación a no olvidar que «Jesús nos pide que seamos nosotros servidores de los demás como el buen samaritano, cuyo nombre no conocemos: un hombre anónimo», subrayó el Pontífice para a continuación sugerir la idea de una buena obra realizada sin demasiada ostentación, por parte de quien se ocupaba del que estaba al borde del camino.

Una actitud que puede hacerse relevante, añadió el Pontífice, a través de «un proceso de conversión a la diaconía» porque «ser diáconos» significa ser «servidores de los demás», teniendo siempre presente la consoladora certeza que se puede encontrar en las palabras de Jesús cuando dijo: «Ni aquel que haya dado un vaso de agua en mi nombre no quedará sin recompensa» (*Mateo*, 10, 42).

El mensaje concluye con palabras de aliento del Papa —«Sólo les pido que dejen latir su corazón, nada más, y que te miren bien. Lo demás viene solo»— seguido de la bendición, una invocación a la Virgen María y la una petición de oraciones para su ministerio.



A un año de la muerte del cardenal cubano Jaime Lucas Ortega y Alamino

Entregado por la Iglesia y la patria

ANTONIO PELAYO

Se cumple estos días el primer aniversario del fallecimiento del que fue arzobispo de La Habana durante treinta y cinco años y cardenal durante cinco lustros. Su muerte fue acompañada por el dolor de quienes le conocieron personalmente y por numerosos elogios a su fecunda labor apostólica y civil.

Se destacó, por ejemplo, que había sido el único arzobispo del mundo que recibió sucesivamente a tres papas: Juan Pablo II en su histórico viaje a la isla del Caribe en enero de 1998, Benedicto XVI en el 2012 y finalmente Francisco en el 2015.

También se comentó su activa participación en el acercamiento entre los Estados Unidos y su país. Son estos, desde luego, momentos importantes de su biografía pero creo que ha habido una laguna importante al comentar el itinerario de un hombre de fe en Dios y en la Iglesia de Jesucristo. Recuerdo que en alguna de las conversaciones que tuve el privilegio de mantener con él no rechazaba responder a las preguntas que le hacía sobre su perfil «político» pero prefería siempre hablar de su labor pastoral como arzobispo y sacerdote.

Se ha prestado poca atención a su testamento espiritual. Un manuscrito que el cardenal escribió de su puño y letra durante los días de retiro que pasó, abril del 2017, en el convento de San Juan de la Cruz de los padres carmelitas en la provincia de Segovia (España) y que entregó en un sobre cerrado a su secretario personal Nelson O. Crespo Roque.

Este lo hizo público el 14 de enero del 2020 titulándolo «Todo es nada, sólo Dios» últimas palabras que el Cardenal pronunció cuando ya era

ban fuera del horizonte de mi vida». A los 15 años dio un vuelco radical y después de una conversación con un padre carmelita decide entrar en el seminario de Matanzas.

Terminados sus estudios fue ordenado sacerdote el 2 de agosto de 1964; tenía 28 años. Nombrado obispo de Pinar del Río en 1978 tres años después —había cumplido los 45— Juan Pablo II le traslada como arzobispo de La Habana cargo al que renunciará en el 2016.

Repasando todos los avatares de su vida a la sombra del sepulcro de San Juan de la Cruz, el Cardenal escribe: «Esta es la historia llena de elogios de algunos y de críticas amargas de otros. En esa historia Cristo Jesús se me fue mostrando particularmente bueno y misericordioso.

Me ha ayudado a llevar la Cruz de críticas, ataques amargos e incomprendiones de mis hermanos cubanos que viven en el exterior. De los fieles de Cuba he sentido cercanía, afecto, admiración, gratitud. Esto compensa los sufrimientos anteriormente dichos pero aun así son muy tristes y duros de soportar pues pienso en la Iglesia que se ve impugnada, aún en el Santo Padre.

Cada visita de un Papa a Cuba ha sido ocasión para atacarlo. Estos sufrimiento y los consuelos en el desarrollo de mi ministerio no constituyen el eje de mi reflexión. Son sólo recuerdos malos y buenos».

En las postrimerías de su vida, en el domingo de la Misericordia cuando escribe su testamento, dirige su mirada a Jesús «mi roca, mi alcázar, mi liberador, el refugio donde me pongo a salvo» y escucha estas palabras de su Salvador: «Mira, mis llagas te han sanado una y otra vez, he estado junto a ti durante estos largos años. Yo soy la razón

”
Se ha prestado poca atención a su testamento espiritual. Un manuscrito que el cardenal escribió de su puño y letra durante los días de retiro que pasó, abril del 2017, en el convento de San Juan de la Cruz de los padres carmelitas en la provincia de Segovia (España) y que entregó en un sobre cerrado a su secretario personal Nelson O. Crespo Roque. Este lo hizo público el 14 de enero del 2020 titulándolo «Todo es nada, sólo Dios» últimas palabras que el Cardenal pronunció cuando ya era consciente de la cercanía de su despedida de la vida terrena.



Viaje apostólico del Papa Benedicto XVI a México aterrizando en Cuba (23-29 marzo 2012)

consciente de la cercanía de su despedida de la vida terrena.

«Nelson —le había dicho— guárdalo como si fuera un testamento, ábrelo sólo después de mi muerte, luego haz con él lo que desees: publícalo, rómpelo o quémalo». Por fortuna prevaleció la idea de darlo a la luz pública. Son páginas escritas a mano de un tirón, sin añadiduras ni correcciones.

En ellas Jaime Ortega recorre los años de su vida: una infancia y primera adolescencia en la que —confiesa— «yo sentía la religión como algo muy distante de mí. Dios, la fe, la religión esta-

de tu perseverancia, yo nunca abandono la obra de mis manos. No es que tú seas amable, soy yo el que ama siempre y comprende y sostiene con el triunfo pascual de la Misericordia, soy yo quien te hace amable».

«Lo abismal —concluye el testamento— no es nuestra miseria, lo abismal es Dios que nos hace criatura nueva».

Admirable testimonio de un hombre que se «quemó» por la Iglesia y por su patria cubana a la que prestó notabilísimos servicios de reconciliación que la historia no podrá no reconocer.